

José Manuel Poveda
y sus *Versos precursores*

Milena Rodríguez Gutiérrez

Poeta

Bohemios, raros y olvidados, Antonio Cruz Casado, ed., Córdoba,
Diputación Provincial / Ayuntamiento de Lucena, 2006, pp. 811-822.

No pretendo hacerles pasar gato por liebre. José Manuel Poveda (Santiago de Cuba 1888- Manzanillo, 1926) no es un poeta olvidado en Cuba. Al contrario, su único libro de poesía, *Versos precursores*, es uno de los libros esenciales de la poesía cubana en los inicios del siglo XX. Y es que la poesía cubana, que perdió prematuramente a sus dos figuras más significativas en el XIX, José Martí y Julián del Casal, no consigue iniciar su proceso renovador y preparar su entrada en la poesía moderna hasta la segunda década del siglo XX, cuando se publican, en 1913, *Arabescos mentales*, de Regino Botti; en 1915, *Ala*, de Agustín Acosta, y en 1917, los *Versos precursores* de Poveda.

Sin embargo, todo es relativo. A pesar de su significación en la isla antillana, la obra de Poveda, como bien ha afirmado recientemente Hervé Le Corré, ha corrido la misma mala suerte que la de otros autores pertenecientes a esa corriente bautizada por Onís como “postmodernismo”: “a duras penas trasciende el ámbito nacional”¹. En España, en concreto, José Manuel Poveda es prácticamente un desconocido: no se ha publicado aquí nada suyo, si exceptuamos

¹ Hervé Le Corré, *Poesía hispanoamericana posmodernista. Historia, teorías, prácticas*, Gredos, Madrid, 2001, p. 9.

algún poema contenido en alguna antología, como la clásica (¿y olvidada?) *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, de 1934, del propio Federico de Onís, y la excelente *Noche insular. Antología de la poesía cubana*, de 1993, de Mihaly Dés.

Dentro de la literatura cubana, como les decía, se considera que los *Versos precursores* de Poveda consiguieron hacer honor a su título. En este libro, como escribe el estudioso José Antonio Portuondo, “están ya, en germen, las formas posteriores de la poesía cubana”²: los modos de la poesía pura, los del coloquialismo, con su cotidianidad e ironía y, también, los de la denominada poesía negra.

Pero creo que es necesario que hagamos, al menos, una mínima presentación, un mínimo retrato de José Manuel Poveda. Poveda era mestizo, o mulato, para decirlo en cubano, y provinciano. Dos circunstancias vitales que dejan huellas en su vida y en su obra. Dos circunstancias que, unidas a las del propio país, en el que reinan el estancamiento espiritual y poético, la mediocridad, el escepticismo y, para usar los propios términos de Poveda, “el mercantilismo y la zocracia”³, contribuyeron a desarrollar en él un carácter profundamente orgulloso, o aún podríamos decir ególatra, pero también atormentado. Un carácter, en fin, contradictorio. Unas palabras de Regino Botti, gran amigo y maestro literario de Poveda, dan idea de estas contradicciones: “Amaba la torre de marfil, pero le atraía la multitud; amaba la soledad, pero le horrorizaba el aislamiento”. Y el propio Poveda diría en una de sus numerosas crónicas: “Somos dos, cuando no innumerables. Poseemos de dos almas en ade-

² José Antonio Portuondo, *Bosquejo histórico de las letras cubanas*, La Habana, Ministerio de Educación, 1960, p. 50.

³ Carta de Poveda a Boti, 31/1/1910, *Epistolario Boti-Poveda*, La Habana, Arte y Literatura, p. 84.

lante.”⁴ En cuanto a sus relaciones con la provincia y lo provinciano, dan cuenta precisamente sus cartas a Regino Botti, que como Poveda, era también provinciano y mestizo. En estas cartas escribe: “Sobretudo los pobrecitos provincianos, de los que nadie admira nada, debemos cuidar de que nadie se ría de nosotros con razón.”⁵ y también: “Yo aspiro a que formemos en Oriente un núcleo que se haga oír en La Habana y más tarde de la América y *del mundo*. Los pobres provincianos, sin estímulos, tenemos además la desdeñosa indiferencia de los capitaleños, y eso es lo que hemos de vencer trabajando”⁶. En una de estas cartas traza también Poveda un auto-retrato, autorretrato literario, sin duda, pero revelador de ciertos rasgos de su compleja personalidad: “Yo (...) vivo en pleno témpano polar: frío arriba, frío abajo, frío fuera y frío dentro. (...) Me desgajo, de día en día, y de mí no va quedando sino un tronco seco, que no va a servir para dar *sombra* ni para dar *leña*. (...) En cambio, visto de negro, uso bombín, camino lentamente, y me peino mi ligero bigotillo (...) todo lo cual me han dicho que es el primer paso hacia la inmortalidad. Como le voy tomando odio a todo el mundo, voy abandonando las amistades que contraí en unos días de locura, y me aísló, y sueño con hacerme admirar por el *éclat* de mi obra, de una obra que ni siquiera *he emprendido aún*. (...) En el fondo soy volteriano: un optimismo dispuesto a ensombrecerse, un ateísmo dispuesto a clamar por el Santo Viático, un *bon humour* dispuesto a convertirse en hipocondría. Para un amigo mío, que usted conoce perfectamente, y al que voy tomando antipatía porque me *bombea* sin tregua, ése es un síntoma del

⁴ “En acecho del tirano”, *Heraldo de Cuba*, a. II, n. 292, 29 de octubre de 1914, p. 12.

⁵ Carta de Poveda a Boti 26/3/1908, *Epistolario Boti-Poveda*, Op. cit., p. 61.

⁶ Carta de Poveda a Boti 28/9/1908, *Epistolario Boti-Poveda*, Op. cit., pp. 75-76.

genio. Pero es que ese amigo ignora que no puede predecirse fácilmente, ante un embrión, qué clase de animal ha de *salir* de él. ¡Y el embrión de un mono es igual al embrión de Homero!”⁷.

Pero hablemos ya de la obra de Poveda, que es, en definitiva, lo que aquí nos convoca. Entre sus afinidades e influencias estéticas se han señalado la de Baudelaire; la del decadentismo; parnasianos y simbolistas franceses; la de los modernistas hispanoamericanos, Julián del Casal y Leopoldo Lugones fundamentalmente; y la de su contemporáneo y amigo Regino Botti.

Si examinamos los *Versos precursores* de Poveda encontramos con frecuencia los motivos baudelerianos, así en “El hastío”: “Ronda la bacanal en torno mío, / y yo miro lo obscuro de la fiesta, / con el aire elegante que me presta / la pura aristocracia del hastío.”; en “El noble cinismo”: “...Súbitamente / sorprendiste en tu ideal un fondo obscuro, / y en él atenta y muda una serpiente.”; o en “Mephisto”: “...ansia de bien y sed de maleficio / aprende, hermano, que virtud y vicio, / no tienen más valor que el de una pose.” Como ha dicho Alberto Rocasolano, principal estudioso de Poveda, éste comparte con Baudelaire la idea de que “lo importante es el hombre o (...) el artista en sí, (...) no la Naturaleza”⁸. Por cierto que Cintio Vitier, en *Lo cubano en la poesía*, intenta justificar, dar un motivo “mayor” a la elección esteticista de Poveda (y también de Botti). Escribe Cintio: “lo que ellos se proponían era realmente un rescate de la Nación a través de la poesía, un traslado de la finalidad histórica per-

⁷ *Ibid.*, pp. 76-77.

⁸ Alberto Rocasolano, Introducción a *Órbita de José Manuel Poveda*, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1975, p. 65.

dida, al mundo de la creación verbal autónoma”⁹. Dicho así parece demasiado excesivo, demasiado tremendista (ese tremendismo cubano, que no deja de azotarnos). Comparto el sentido de la idea de Cintio, pero me resulta más afín la manera más moderada en que lo expresa Hervé Le Corre: “Poveda se propuso mantener el lujo formal (...) como dignificación simbólica de la realidad nacional”.

Sin embargo, a pesar de su elección del arte por al arte, o del esteticismo, la realidad inmediata no deja de “colarse” en los *Versos precursores*. Y es que, como escribe Le Corre, “la oscilación entre la búsqueda formal y la expresión de una realidad inmediata (...) es quizás la mayor característica de la poesía povediana”¹⁰, y señala la presencia en estos versos esteticistas de una “contaminación”, de una “agresión exterior” de la que el poeta no logra protegerlos¹¹. Esta realidad inmediata se cuela en forma de suburbio, de arrabal, de preocupaciones patrióticas o cívicas. Así aparece en poemas como “El retorno”, precursor del coloquialismo cubano: “He vuelto al barrio inmenso, al largo / suburbio. Siento alguna ansiedad. / Todas las cosas traman por mí el recuerdo amargo / en complicidad. / Caras conocidas y voces. “Hermanito / ¿qué tal?” –He vuelto”–Nada aquí me olvida. / Todo está igual. Transito / por el vasto suburbio, de regreso a la vida”; en la lugoniana “Luna de arrabal”: “Todo el suburbio se alegra; / suenan carcajadas en los vericuetos; / la luna, comadre chismosa de la noche negra, / revela con gracia malignos secretos.”; en “Sol de los humildes”: “Todo el barrio pobre, / el meandro de callejas, charcas y tablados, de repente / se ha bañado en el cobre del poniente.”; o en “El

⁹ Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, La Habana, Universidad de las Villas, 1958, pp. 292-293.

¹⁰ Hervé Le Corre, *Poesía hispanoamericana posmodenista*, Op. cit., p. 154.

¹¹ *Ibíd.*

trapo heroico”, testimonio de la “desesperanza cívica” povediana (Hervé Le Corré): “Contra el muro, aplastado en deplorable / marco, casi mugriento, desteñado, / lo enseñan. Así el trapo inolvidable / expía haber triunfado del olvido”.

Rarezas especiales en este libro de múltiples rarezas (“Con el gesto profundamente comprensivo / de un porfirogeneta”, dice su primer verso) son los poemas “La danza glebal y “El grito abuelo”, probablemente los primeros poemas afroantillanos de la poesía moderna, y con los que se cierran los *Versos precursores*. Aunque si lo pensamos bien, tal vez estos dos poemas sean la mejor síntesis de las preocupaciones contradictorias povedianas: entre el Gran Arte y lo cotidiano, que no son otra cosa, después de todo, que lo culto y lo popular. Veamos así el segundo de estos poemas, “El grito abuelo”, en el que el ritmo, las esdrújulas, los neologismos, lo vago insinuado más que lo dicho, configuran una atmósfera de encantamiento, y tal vez no sería desatinado decir “de brujería” que envuelve al lector:

La ancestral tajona
propaga el pánico
verbo que detona,
tambor vesánico;

alza la tocata de siniestro encanto,
y al golpear rabioso de la pedicabra,
grita un monorritmo de fiebre y de espanto:
su única palabra.

Verbo del tumulto,
lóbrega diatriba,

del remoto insulto
sílabo exclusiva.
De los tiempos vino y a los tiempos vuela;
de puños salvajes a manos espurias,
carcajada en hipos, risa que se hiela,
cánticos de injurias.

La tajona inulta
propaga el pánico;
voz de turbamulta
clamor vesánico.

Canto de la sombra, grito de la tierra,
que provoca el vértigo de la sobredanza,
redobla, convoca, trastorna y aterra,
subrepticio signo, ¡hé! que nos alcanza

distante e ignoto,
y de entonces yerra y aterra y soterra
seco, solo, mudo, vano, negro, roto,
grito de la tierra,
lóbrega diatriba,
del dolor remoto
sílabo exclusiva.

Pero creo que los versos más hermosos de Poveda, y los más contemporáneos, los que mejor consiguen llegar al lector de hoy, sea cubano o de cualquier otro sitio (“la belleza artística no tiene nacionalidades”, decía el propio Poveda) son esos en los que, incluso los que nos acercamos a su obra con el afán de analizar e investigar, no nos queda más remedio que hacer silencio, que convertirnos en lectores comu-

nes, y olvidar tendencias estéticas, épocas históricas, patrias, y, simplemente, escuchar la voz de un poeta; emocionados, con cierto temblor. Voy a terminar así este trabajo leyendo tres poemas de Poveda que se encuentran, a mi juicio, entre sus poemas más hondos.

Pero vamos a leer los poemas:

LA PIPITAÑA

(que, aclaro, que no es más que una pequeña flauta)

Marsyas estaba loco de armonía,
y absorto sobre el rústico junquillo,
halló interlocutor en cada brillo,
y una contestación en cada umbría.

Al músico rural le parecía
que en medio de la noche milagrosa,
al canto de sí mismo, cada cosa
en cantos peculiares respondía.

Volvió en sí con el alba, y excitado
tembló al pensar que hubiera divulgado
las confidencias de su vida extraña;

mas le calmó el saber que en la vacía
tierra, su canto heroico sólo había
podido comprender la pipitaña.

RETIRO

Me encanta mi barriada vasta y fría,
sus calles grises de andurrial mezquino,
y el fraterno aposento donde vino
tu calma a confundirse con la mía.

Yo haría largo este vivir obscuro,
duradera esta dulce paz segura,
muy en ti, que eres toda la natura,
muy en mi, que soy todo ensueño puro.

Vivir en comunión de carne y alma
y del vino sensual beber en calma
la copa que nosotros conocemos;

tan lejos de los hombres, que si alguno
pregunta quiénes somos, de consuno
responderán los hombres: -no sabemos.

PALABRAS EN LA NOCHE

Los caminantes van cruzando el suelo
tenebroso. No se les ve pasar.
Los impulsa no sabemos qué anhelo;
no sabemos si hacia el monte o el mar.

Y dialogan dulcemente en el duelo
de la marcha. ¿Dicen a dónde van?
No sabemos, porque oímos un vuelo
de palabras, pero no qué dirán.

Transeúntes que conmina el acaso,
no escuchamos lo que dicen al paso,
pero ellos no enmudecen jamás;

caminantes en la ruta intangible,
se dijera que el lenguaje terrible
es un ruido de pisadas no más.

Leídos en conjunto, podríamos decir que estos poemas conforman una triada circular sobre la soledad, soledad defendida y orgullosa la de los dos primeros poemas: la del Uno: el individuo y el artista; y la del Dos: la soledad amorosa; y, por último, soledad extrañada, ajena, la tercera soledad: la de los otros, la que nos devuelve, otra vez, a la propia.